

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Viernes, 03 de Octubre de 2008

LA BARCA DE CARONTE. VIGESIMOQUINTO CAPÍTULO. ÚLTIMA VOLONTAD.

Unos ensordecedores alaridos estremecen todas y cada una de las habitaciones del hospital de St. James. Paul ha iniciado el camino más duro, el que sabe que no tiene vuelta atrás y cuyo final supone también el final a sus días en este mundo. El cáncer de laringe ha vencido al tratamiento que los médicos habían recomendado. Y como si de una batalla final, una batalla a muerte que se libra a cuerpo descubierto, una batalla que no servirá para nada puesto que la guerra está perdida, Paul se bate apurando sus últimas fuerzas, aquéllas que todavía se niegan a abandonar su cuerpo moribundo.

En la habitación 325 del hospital de St. James, además del agonizante Paul, su hermano Johnnas, su hermana Margaret y su esposa Patty contemplan aterrorizados las violentas convulsiones que sacuden al pequeño cuerpo del moribundo. Son los últimos coletazos de una vida que lucha todavía por aferrarse a este mundo, pero que es consciente de que muy pronto ya no tendrá más remedio que abandonarlo definitivamente. En un instante, Paul agarra muy fuerte el brazo de Johnnas y le hace agacharse a la altura de sus labios. Susurrante, Johnnas escuchará las que serán las últimas palabras de Paul en aquella cama húmeda ya del sudor frío que Paul lleva desprendiendo durante horas. Aunque Johnnas mira fijamente a los ojos de Paul, éste ya no puede fijar la mirada hacia ningún lugar. Sus ojos han dejado de funcionar súbitamente. La muerte se transforma en un maquillaje facial muy difícil de disimular. Las cuencas de los ojos quedan visibles casi al completo, la tez palidece por momentos y en algunas zonas se amorata. Los labios exhalan un pestilente aliento gélido, como si las fosas nasales ya no calentaran el aire que debía llegar a los pulmones. La carne se embebe por momentos de forma que, ante la atónita mirada de todos los presentes, Paul pierde varios kilos de peso. La piel se reseca, se estira, desaparecen las arrugas de expresión y las venas se tiñen de un color tinto bastante curioso.

Paul apenas tiene fuerzas para articular palabra. Hace un enorme esfuerzo, un esfuerzo imposible porque considera bastante importante lo que quiere contar a Johnnas. A pesar de que la voz es extremadamente débil y muchos de los sonidos que percibe Johnnas son inaudibles, Paul comienza la articulación de sus últimas palabras:

"Johnnas, esto que te cuento es un secreto que yo debería llevarme al otro sitio. Pero tengo mucho miedo y quiero que tú también lo sepas. Nuestra madre nunca hubiera querido que ni tú ni Margaret supierais nunca de ello. Te pido que a ella no se lo cuentes, pero yo a ti sí que te lo voy a contar si Dios me premia con unos minutos más de agonía. Tú no la ves, pero mamá está aquí. La veo. A vosotros no logro distinguíros, pero a mamá sí. Y creo que viene para recordarme que no te cuente lo que te quiero contar, pero sé que me perdonará.

Verás: cuando Margaret nació, no llegó sola. Mamá trajo al mundo dos hermanitas, dos rosas impecables, aquél día de febrero. Estaba muy contenta, como yo, en un principio. A ti te quedaban algunos años para nacer y yo ya contaba con ocho. Papá trabajaba en alta mar y regresó a los tres meses de haberse producido el parto. Aquélla noche la recuerdo permanentemente. Entenderás ahora por qué debes ejercer de sacerdote. Pues pienso que mi absolución allá pasa ineludiblemente por limpiar mi conciencia al completo antes de expirar. Papá llegó enfurecido porque solo le habían pagado la mitad de lo que le correspondía por los meses en alta mar. Mamá pensaba que la noticia del alumbramiento le haría sentirse más feliz. Pero su reacción fue totalmente la contraria. Zarandeó a mamá hasta dejarla inconsciente en mitad de la cocina. Después cogió a Margaret y también intentó zarandearla, pero los llantos de la pequeña debieron cansar a papá antes de que hiciera algo más atroz y la dejó encima de la mesa de la cocina. Después, papá subió las escaleras en unos segundos y tras entrar en el dormitorio cerró la puerta con fuerza. Yo acudí inmediatamente a la cocina. Moje la cara de mamá y poco a poco pudo volver en sí. Juntos llevamos a Margaret a la cuna. Mamá aun no le había mostrado a la segunda niña. No le había dado tiempo. Papá no sabía que tenía unas gemelas muy hermosas como hijas. Pero mamá y yo tuvimos miedo a que Papá pudiera hacer algo desafortunado y decidimos esconder a la segunda de las niñas. El trastero que había por encima de la buhardilla de nuestra antigua casa fue el cuarto que acondicionamos para Rose, que era como se llamaba aquella pequeña. Como buenamente podíamos, mamá y yo cuidábamos en secreto a la pequeña Rose, sin descuidar a Margaret. Papá miraba con una gran rabia y desprecio a Margaret. No nos atrevíamos a dejar a Papá a solas con Margaret. Con los años, Papá aceptó a Margaret y logró llegar a ser su ojito derecho. Pero Papá nunca supo de Rose. Conforme Rose crecía, a mamá y a mí se nos hacía más difícil cuidar de ella a escondidas. Papá notaba algunos golpes provenientes de la buhardilla. Acudió varias veces a mirar, y gracias a Dios, no encontró nada. Sí le pareció curioso que el trastero estuviera acondicionado como otra habitación. Mamá pudo convencerlo de que era así por si algún día recibían alguna visita. Y los años fueron pasando. Aquélla vecinita de la que tanto hablaba Margaret y todavía recuerda a veces, no es sino su propia hermana. Nos negábamos a que Margaret se viera reflejada frente a un espejo, pues podía pensar que Rose estaba allí. Pero finalmente algo ocurrió.

Ya contabas tú con algunos meses de vida cuando, en una de mis visitas ya rutinarias para ver a Rose y recoger los restos de su cena de la noche anterior, no pude encontrar nada en la habitación. Rose ya tenía unos cinco años. Pero nunca volvimos a verla. Mamá pasó unos meses con una gran depresión que casi le causa la muerte. Y Margaret perdió a su compañera de juegos, compañera que también lo había sido de nacimiento. Unas noches después de perder el rastro de Rose, papá llegó a casa empapado en sangre. Contó que había atropellado a un ciervo y que tuvo que apartarlo de la carretera. Sin embargo, días después, mamá encontró en uno de sus pantalones un pequeño calcetín que indudablemente era de Rose. Para nuestra salud y nuestra felicidad, ficticia por supuesto, decidimos enterrar el asunto. Y aunque pensábamos en lo peor, nunca más hemos sabido del paradero de Rose.

Johnnas, debes acudir a la antigua casa donde vivíamos y excavar en los alrededores, derribar el edificio si hace falta para buscar el cadáver de tu hermana. No estoy seguro de si esta muerta o no, pero es lo que siempre hemos creído mamá y yo. ¡Búscala Johnnas! ¡Búscala! Cuando la encuentres, dale sepultura.

Johnnas no podía dar crédito a lo que sus oídos torpemente acababan de escuchar. Paul finalizó su agonía dando un enorme suspiro, quizá de alivio. Alivio posiblemente por haber finalizado largas horas de dura agonía. O alivio por haber descargado su conciencia. Pero alivio al fin y al cabo.

Johnnas no sabía muy bien qué hacer, pero sabía que de alguna manera debía cumplir la última voluntad de su hermano. Acudió a la antigua casa de la familia. Allí, un montón de ruinas rodeadas por una vegetación espesa parecían saludarle como si se reencontrase con un viejo amigo a quien lleva años sin ver. Pero Johnnas miraba a aquella casucha de una forma distinta a como podía mirarla antes. Sabiendo lo que le había contado su hermano antes de morir, aquella casa le inspiraba un sentimiento de misterio y de odio a partes iguales. Sin embargo, era consciente de que aquella casa podía ser la sepultura de aquella hermana de cuyo conocimiento se había enterado hacía unos días. Pero también era consciente de que, posiblemente, allí no hubiera nada, no se encontrara nada y por ello albergaba la esperanza de poder hallarla viva. Sabía que su hermano y su madre creían que su padre la había matado, pero él todavía se aferraba a esta esperanza.

Durante algunas semanas, Johnnas acudía a diario a visitar la antigua casa familiar, las ruinas de un pasado metido en un bote de formol. No encontraba nada que le hiciera ver, que le convenciera de que Rose había muerto hacía años en esa mansión. Llegó un día en que Johnnas tuvo una fuerte y agria discusión con su esposa Karen. Inmediatamente pensó en las palabras finales de Paul y calmó sus nervios. Salió de su casa en busca de un lugar solitario donde descargar toda la furia que llevaba encima. Pensó inmediatamente en la antigua casucha familiar. Cuando habían pasado algunas horas de su llegada a la casa, y tras zarandear y golpear algunas de las paredes de la enorme ruina, un sonido muy fuerte sobresaltó a Johnnas. Parecía provenir del piso superior. Johnnas subió los escalones de dos en dos. Visitó todas las habitaciones, pero no dio con algo que pudiera explicar el enorme golpazo que había escuchado. Pero conforme bajaba la escalera, escalón a escalón, meditando sobre el suceso, comprobó con enorme sorpresa algo que ni él se hubiera imaginado. En lo que anteriormente había sido el recibidor, en su suelo, había surgido un enorme boquete, un hueco, un agujero bastante profundo.

Johnnas no recordaba que debajo del recibidor hubiera algún tipo de habitáculo. Salió como una exhalación en dirección a su automóvil en busca de una linterna con la que poder adentrarse en aquél triste agujero. Inmediatamente regresó con una potente linterna que había cogido del maletero. Los primeros haces de luz provenientes de la linterna reflejaron a la vista de Johnnas lo que era la entrada, la boca de un pozo. Un pozo cuya profundidad era difícil de adivinar. De allí salía una enorme y fuerte pestilencia difícilmente soportable. Johnnas decidió marcharse a casa en busca de una cuerda con la que poder descender. Creía haber encontrado la clave de toda la historia.

Johnnas regresó en unos minutos a la casa ruïnosa. Pero ahora contó con la ayuda de su buen amigo Ralph. Éste agarraría el extremo exterior de la cuerda. Johnnas se ató a la cintura el otro extremo y comenzó con enorme cuidado y con cierto miedo el descenso del pozo. Johnnas se deslizaba poco a poco, pero el pozo parecía no tener fondo. Llegó un momento en que Ralph ya no podía estirar más cuerda. Ocho metros de cuerda estaban prácticamente estirados. Y Johnnas no había llegado al fondo. Sin embargo, Johnnas seguía deslizándose, agarrándose por las paredes angostas del pozo. ¡¡*Es un túnel!!! ¡¡Es un túnel!!!* Esto escuchó Ralph poco antes de que la poca cuerda que todavía sujetaba con sus manos se escapara por el camino que estaba siguiendo Johnnas.

No lo sabía, pero Johnnas llevaba algunos metros en los que no necesitaba descender. Efectivamente se trataba de un túnel. Un túnel que a juzgar por sus estrechuras fue abierto a golpe de pico y pala, pero seguramente con cierta prisa. Cuando el túnel ya había revelado su horizontalidad, Johnnas siguió caminando sin saber muy bien a dónde. La batería de su linterna estaba ya próxima a agotarse, pero tampoco podía volver hacia atrás, puesto que también era consciente de que la cuerda ya se había acabado. A pesar del olor a alcantarilla decidió seguir adelante hasta las últimas consecuencias.

Después de haber avanzado un largo rato hacia delante, y a pesar de que la linterna ya parpadeaba, pudo comprobar que algo estaba cambiando. Parecía que el túnel como tal estaba transformándose en otra cosa, quizá en una cavidad más amplia. Efectivamente, Johnnas entró en un enorme habitáculo, mucho más grande que la casa ruïnosa que tenía encima. Entre el suelo y el techo podría calcular unos ocho metros. Conforme enfocaba a cada rincón notaba como un enjambre de agujas puntiagudas le pinchaban deslizándose desde los talones hasta la nuca. Era estremecedor. Allí había una gran cantidad de muñecas de plástico colgadas del techo y de las paredes. También había una pequeña cama desvencijada. Peluches y libros de lectura infantiles esparcidos por el suelo, que por cierto, se encontraba embalsosado. Al fondo había una chimenea con restos ya casi fosilizados de antiguas hogueras. La linterna se apagó finalmente. Johnnas quería encender un fuego como fuera. Se le ocurrió utilizar una de las pequeñas sillitas que había repartidas por la enorme estancia y con la ayuda de unos libritos y de su mechero pudo encender como buenamente pudo una pequeña fogata. No era consciente de la hora que era. Llevaba casi cuatro horas dentro de aquél enorme cuarto. Consiguió sentarse a calentarse un poco cerca de la chimenea. Ahí se dio cuenta de algo importante: si existía chimenea, ésta debía estar conectada de alguna manera al exterior, pues el humo no permanecía en ningún momento en la estancia. Pero cuando echó algunas miradas de nuevo a las paredes y al techo, la iluminación proveniente de la chimenea le hizo hacerse sus necesidades encima. La visión que tenía no era para menos. El reflejo de la luz en las caras de las muñecas que colgaban del techo como ahorcadas, pero también de las paredes era una parte de la escena. La otra parte era bastante más macabra. Y aunque no acertaba a creérselo, todo parecía confirmarse. Dos brazos, cada uno por su lado, colgaban del centro de la estancia. Eran brazos humanos. A juzgar por su hechura se trataban de los brazos de una mujer joven. Posiblemente estaban en avanzado estado de putrefacción, pero tampoco parecía haber transcurrido demasiado tiempo desde que fueron colgados allí. Johnnas, de la impresión tan fuerte que había tenido, había saltado de la silla y corrió hacia la cama. Pero allí, cuando levantó las sábanas y las mantas encontró lo que nunca hubiera querido encontrarse. Jamás. Allí estaba el resto del cuerpo de una joven muy guapa. El inconfundible parecido físico que, a pesar de la descomposición propia de un cadáver, mantenía con su hermana Margaret resolvía totalmente el asunto. Era Rose indudablemente. Sin embargo, Johnnas estaba siendo presa de una ardiente curiosidad. Necesitaba saber qué era lo que había sucedido, qué era lo que había vivido Rose hasta llegar a esa situación.

Debajo de la almohada, como si ésta se tratara de un preciado cofre que guardaba un misterio solo digno de ser visto por los ojos de aquel que verdaderamente lo mereciera, Johnnas encontró el último diario de Rose. Inmediatamente, Johnnas comenzó a llorar. Era un llanto mezcla casi a partes iguales de rabia, de consuelo, de tristeza y satisfacción a la vez. Decidió regresar al sitio donde se había estado calentando y, a la luz tenue de la fogata leer aquellos escritos de Rose.

“No sé hasta dónde aguantará mi cuerpo. ¿Cuántos años han pasado ya? ¿Cuánto tiempo llevo sufriendo este calvario? Rezo por que todo acabe pronto. El demonio me sigue visitando y sigue sirviéndose de mi cuerpo. No quiero que me haga sufrir más. Le suplico que me mate y él no quiere. Yo ya no cumplo más función que la de apaciguar sus deseos carnales. Pero ahora todo es distinto. Ya no es sólo eso. Ahora soy un campo de pruebas de no sé muy bien qué. Y he tomado aquellas

hierbas que me dijo que bebiera. Y he introducido todos aquellos instrumentos en aquellas partes del cuerpo que él me indicaba. Pero me hace mucho daño. Y no aguanto más. No quiero aguantar más. Llora y no sé a quién. Solo tú, diario, solo tú parece escucharme. Y te pido que me hagas justicia.”

Estas fueron las últimas frases que Johnnas pudo leer, conmovido, del pequeño cuadernillo que servía de diario a Rose. Johnnas pudo leer cómo casi a diario, Rose era abusada sexualmente por su padre. Cómo pasaba algunos meses a base de agua, y a veces, solo pan. Cómo tenía que soportar el apestoso hedor producido por la acumulación de desperdicios y por sus propias necesidades fisiológicas. Cómo poco a poco, las ansias de saciar el sexo se transformaron en perversión. Pero perversiones de tipo sádico. En una ocasión, le hizo el sexo colgada de una cuerda al techo. A punto estuvo de estrangularla. En otra ocasión le prendió fuego a sus cabellos mientras los eyaculaba con la intención de apagarlos. Y así un sinfín de perversiones a cada cual más estremecedora. Johnnas sintió en ese momento dos sensaciones muy distintas. Se sintió orgulloso de su hermana a la que tenía una enorme compasión y prometió darle sepultura y honrarla. Pero también se sintió deshonrado y entristecido por su padre. Nunca hubiera pensado que su padre hubiera sido capaz de semejante atrocidad. Y sobre todo, hasta una época muy cercana. Su padre había muerto hacía unos seis años. Quizás poco antes lo hizo Rose.

Pasados unos meses, y en completo secreto, Johnnas decidió derribar aquella enorme casona ruínosa. Compró a su hermana Margaret los terrenos. Cegó el túnel y el enorme espacio interior que había al final de él. Y el cuerpo de Rose quedó preparado para recibir el descanso eterno. Finalmente, Johnnas enterró los restos de Rose junto a un abeto cercano. Y en la lápida no pudo poner ninguna referencia a su muerte, ni su nombre. Pero sí un símbolo: sobre la lápida de mármol blanco un dibujo de una enorme rosa roja.

Años después, en plenas celebraciones de Navidad, Johnnas recibió una carta sin remite. Después de abrirla, un escalofrío similar al que sintió sentado en aquella silla frente a la chimenea del habitáculo subterráneo. Recibió una carta a nombre de Rose: *“Gracias a ti he conocido la paz y el descanso. Te estoy muy agradecida y quiero que sepas que desde donde estoy voy a hacer todo lo posible por ayudarte allí. Hoy he sentido orgullo de familia por primera vez. Estoy orgullosa de ti. Esta acción que has hecho se te recompensará aquí. Feliz Navidad y Hasta Siempre. Besos. Rose.* Además, dentro del sobre había un pequeño obsequio: una rosa roja similar a la que estaba plasmada en la lápida de la tumba de Rose.